

Debemos trabajar en no dejarnos seducir de estos hombres corrompidos, como que solo hallan satisfaccion en las víctimas que sacrifican. Su número es infinito; pero la turba de los infelices á nadie ha impedido que corra hácia la felicidad; y el alma del sabio no se deja arrastrar del ejemplo, intimidar de los tormentos, ni asustar de la muerte.

## CONSEJOS

DE

## LA AMISTAD.

==

### LA RELIGION.

**DEBEMOS** mirar á la Religion como al alma de la vida: es la primera que se apodera de los hombres, cuando nacen; y la última que los abandona, cuando mueren.

Es muy raro que en todo el curso de la vida se la tribute constantemente el respeto que se la debe; que no se la deje á un lado como importuna, ó que no se la trate como á personas, á quienes es necesario ver alguna otra vez, pero que es fastidioso estar viendo de continuo.

Esta es una contravencion á sus leyes fundamentales que la destruye visiblemente, y con la que debe parecer imposible pueda conservarse en los corazones, que son su verdadero imperio, respecto á que deja de existir inmediatamente que deja de ser amada.

Los que tratan así á la Religion, no son los que mas la agravian; mayores oprobios experimenta de la parte de aquellos que tienen la audacia de despreciarla, la locura de impugnarla, y el furor afectado de jactarse de no tener alguna.

Estos excesos, aunque tan monstruosos, se toleran en ciertas personas con una facilidad, que hace ménos de un siglo nadie hubiera podido concebir. En todo tiempo se ha contravenido á la Religion en algun punto, y se han permitido irregularidades que ella condena. Los mismos que obraban bien, obraban igualmente mal, creyendo compensar lo uno con lo otro, y descansaban erradamente sobre esta especie de balanza, inventada para suavizar el yugo que la Religion imponia. Modificaban á su arbitrio una regla que, trayendo su origen de Dios, no sufre interpretacion humana. Su Autor es un Ente infinito, que igualmente conoce la capacidad de los que la reciben, que la naturaleza de las leyes que la componen.

Siempre me ha causado asombro que en un siglo tan ilustrado háyamos formado una especie de placer en obsecarnos sobre el punto mas esencial; y que á medida que se ha ido perfeccionando la razon, nos háyamos separado de lo que debe ser su objeto principal y único fin.

Cuando leo los mejores autores de Atenas y de Roma, que escribiéron en tiempos que sus naciones eran la admiracion del universo por las maravillas que producian en todo ramo, advierto que jamas hablan de sus dioses y religion sino con mucho respeto. Y sin embargo, ¿cuantas razones no hubieran hallado para despreciar aquellas fábulas groseras que formaban el tejido de su teología? En el dia vemos pocos libros, exceptuando á los que tienen la Religion misma por objeto, que en este artículo pueden entrar en parangon con los de los antiguos.

Temia la política de aquellos tiempos que destruyendo la opinion de la Religion, se corrompiesen las costumbres. Mas temible la parecia el trastorno universal que hubiera producido el libertinage y la impiedad, que los errores que desaprobaban el crimen, y aplaudian la vir-

tud. Sus Campos Eliseos y sus infiernos eran unas ficciones, es verdad; pero estas ficciones les hacian temer tormentos, y esperar recompensas. El temor y la esperanza son las únicas y verdaderas guias de todos los pueblos.

La Religion era el custodio de los reyes. Si no hubiera apoyado Numa el imperio naciente de Roma en las leyes de Religion que estableció, jamas hubiera podido fijar aquel pueblo de conquistadores, ni Roma hubiera estendido su poder hasta los confines de la tierra.

Parece por las obras de algunos escritores modernos, que tenemos nosotros tanto interes en destruir los cimientos de nuestra Religion, como tenian los antiguos en consolidar los de la suya. Esta contradiccion es tanto mas ridícula, cuanto no hay deista, materialista, ni ateista que no sienta mucho ver á la multitud pensar como él.

A poco que conozcamos á los hombres, nos estremeceremos del trastorno formidable que produciria la abolicion de la Religion. La nacion mas fértil en revoluciones es aquella cuya Religion no tiene una forma cierta, y que, admitiéndolas todas indiferentemente, confieso en cierto modo no tener alguna.

La primera confusion que condujo á Roma hácia su ruina, fué la llegada de tantos dioses estrangeros, como introdujéron los romanos entre sí, con tal exceso, que mas fácil era hallar un dios que un hombre. Su multitud destruyó insensiblemente la verdad en la opinion pública.

Roto ya este freno de la Religion, freno el mas fuerte de todos, no tuvieron dique que oponer á la ambicion, á la usurpacion, al interes. Todas las pasiones viniéron á arrojarse sobre este grande imperio que habia conquistado todos los demas; y despues de muchas y continuas efervescencias, le abismáron hasta tal punto, que

nuestros ojos atónitos que le buscan todavía, no le hallan sino en la historia.

Si la pérdida de una Religión evidentemente falsa fué el origen principal de la destruccion de estos señores del mundo, ¿qué no debemos temer del espíritu de irreligion, al que vemos hacer tan rápidos progresos? ¿Qué sería de nosotros si continuara propagándose? Este cuadro formidable dista todavía mucho de los males verdaderos que deberíamos temer, si nos destinase la suerte á ver su realidad.

El sentimiento de la Religión es universal; el que no le tiene, es un hombre peligroso, ó por mejor decir, despreciable; es indigno de la menor confianza. Hay una necesidad de preservarse escrupulosamente del trato de tales hombres, pues cuando no á la conducta, perjudican á la reputacion: en cierto modo somos responsables de los sentimientos de aquellos con quienes vivimos.

Aun entre el mundo mismo está generalmente admitido que no hay verdadero hombre de bien sin Religión; pues á este hombre de bien dirijo mis consejos en el curso de esta obra.

La Religión que profesamos está demostrada de tal modo, que no me detendré en probarla; sería hacerla una injuria. La moral es mi objeto; los lectores conocerán que su mas puro origen es el cristianismo, y que las virtudes no pueden hallar en otra parte verdadera perfeccion.

---

## LA FILOSOFIA.

LA Filosofía es la primera de todas las ciencias, en atención á que, segun la etimología de su nombre, es el amor á la sabiduría. En los colegios la limitan al estudio y perfeccion del racionio; y á la verdad, no es apartarla de su objeto, porque la sabiduría es el fruto de

la razon perfeccionada. En efecto, dejar de racionar es dejar de ser sabio.

La multitud tiene unas ideas de la Filosofía que de ningún modo la pertenecen: honra con el nombre de filósofos á los que observan un modo particular de vivir, á los que afectan una vida ociosa, y sobre todo, á los que usan un lenguaje que ella no entiende. Prodigamos este título á los espíritus difíciles, severos, satíricos, despreciadores. Basta tener un poco de humor para merecer á sus ojos el nombre de filósofos; como si la Filosofía, concedida á los hombres para formar su felicidad, fuese susceptible de este defecto, capaz de alterar su union y armonía.

Las varias sectas que dividen á los filósofos sobre la esplicacion de la naturaleza, no pertenecen á la Filosofía. Superior á los errores, á las incertidumbres, á las preocupaciones, solo tiene por objeto la verdad del entendimiento, la rectitud del corazón y la moderacion de las pasiones; solo á este precio podemos ser filósofos. Imaginar sistemas, y hacer nuevos descubrimientos, son operaciones útiles á la sociedad, que pueden adquirir á sus autores nombres muy respetables, sin merecerles el de filósofos.

Es sin duda muy glorioso ser un Descartes, un Newton: estos nombres grandes, que hacen tanto honor al entendimiento humano, tienen vinculada una gloria sublime: nosotros debemos tributársela con tanto mas gusto, cuanto es un tributo de gratitud que por lo regular forma toda su recompensa. El interes y la envidia los priva casi siempre de las demás ventajas que merecen; pero la superioridad de su genio se las hace mirar, y con razon, como inferiores á la gloria que únicamente buscan. Esta gloria, aunque perezosa, los venga de la injusticia de los hombres con el auxilio del tiempo, que á nada perdona, sino es á ella.

Pero aun es mas glorioso el ser filósofo. Esta es una

verdad con visos de paradoxa; pero sin embargo, la experiencia la demuestra. Con el maravilloso talento de estos hombres grandes de que hemos hablado, podemos ser esclavos de nuestras pasiones, muy estimables de léjos y muy despreciables de cerca; asombrar al universo con las operaciones de nuestro entendimiento, y escandalizarle con los desórdenes de nuestro corazón.

Hay pocas personas, aun entre las mas perfectas, que sostengan un trato íntimo sin perder de su reputacion.

Pierden mas ó ménos á proporcion que se apartan de esta Filosofía, que es la regla con que debemos medir á los hombres para saberlos apreciar, como que es á la que deben conformarse.

La Filosofía obra mas en lo interior que en lo exterior de nosotros: de aquí es que hace ménos ruido, y que la gloria que resulta de ella sea desconocida por mucho tiempo.

El heroismo de las armas y el de la política dependen á veces de un solo golpe; son conocidos en toda la tierra, brillan á los ojos de todos desde el momento que se ejecutan: el de la Filosofía, mayor que todos los demas, puede quedar ignorado para siempre: depende de circunstancias para representar lo que es, y estas circunstancias no dependen de ella.

No es extraño que la dificultad de llegar á ser filósofo (que consiste particularmente en hacerse dueño de sus pasiones) y la oscuridad que le acompaña, desahiente á la mayor parte de los hombres; nada hay de seguro unido á este heroismo, sino la satisfaccion de obrar bien, la libertad é independencia de las pasiones, la tranquilidad del alma en medio de los reveses é infortunios que tanto afligen á los demas. Estas maravillas no dependen de las riquezas ni de los honores, ni tampoco conducen á ellos. Solo se ama á lo que brilla, ó á lo que enriquece; la Filosofía no hace ni lo uno, ni lo otro.

Si hubiese premios señalados para los verdaderos filósofos, quizá veríamos un mayor número de ellos. Aunque esta mira de interes no pueda hermanarse con la pureza de la verdadera Filosofía, muchos principiarían con este motivo, aunque imperfecto, y concluirían por abandonarle, adelantándose en esta carrera, cuyo principio está cubierto de abrojos, y el fin esmaltado de flores.

Por mas repugnancia que tengamos á la práctica de una Filosofía, que exige los mayores sacrificios, admiramos á los que con ella se hallan en estado de arrosar las borrascas, que no temen ninguno de cuantos infortunios los rodean, que tienen al dolor como un mal que están habituados á sufrir; que conservan la libertad, la bondad, y aun muchas veces la alegría de su alma en medio de los mas grandes asaltos; que miran, en fin, desquiciarse el universo sin alterarse su intrepidez. ¿No son demasiado preciosas estas ventajas para que dejen de escitar nuestra envidia?

¿Qué de males evitados, qué de inquietudes terminadas, qué de dolores suavizados por los principios de la Filosofía! ¿Cuántos momentos de la vida, ya en el seno de nuestra familia, ya en medio de nuestros amigos, nos advertimos aislados, y que todo cuanto nos rodea nada añade ni quita á lo que experimentamos! Entónces de ninguna parte sino de nosotros mismos podemos sacar los auxilios de que tenemos necesidad: entónces seria inevitable la desesperacion sin esta Filosofía, compañera inseparable de los que la aman: entónces hace conocer los bienes preciosos de que abunda; que halla remedio á todos los males; que suaviza los que no puede curar: he aquí su verdadero triunfo.

Esta Filosofía reprueba igualmente aquella fiera estóica que desmiente la realidad de los males que experimentamos; aquel heroismo tan decantado como falso; aquel heroismo de los Catones y de las Cleoparas, que

creyeron librarse del triunfo de sus enemigos, dándose la muerte por el temor de recibirla. Esta Filosofía enseña, ayuda á despreciar la muerte tan temible, á cubrir de amargura el corazón de un enemigo victorioso, que no puede triunfar del valor de aquel á quien ha vencido, y aun á desarmarle á vista de un heroísmo que quizá le era desconocido, y al que no puede negar su admiración. Transforma muchas veces un héroe sangüinario y cruel en un héroe humano y pacífico, que después de haber llenado el mundo del ruido de sus hazañas, quiere hacerle amante de su yugo por la dulzura y clemencia de su reinado.

---

## LAS LEYES.

LOS filósofos de todas las edades y de todos los países han conocido que hay un bien y un mal. No han confundido á este bien y á este mal; pero han ido mas léjos de lo que era necesario en busca de su principio, y aun muchas veces se han extraviado en las consecuencias que han deducido de ellos. Yo creo que hubieran hecho mejor en detenerse mas acerca de la definición del uno y del otro, y acerca del uso que debemos hacer de ámbos. Perdemos tanto tiempo en llegar á conocer, que nos queda muy poco para obrar.

El bien, bajo de cualquier aspecto que le miremos, y por cualquiera religión que sea explicado, es la conformidad de nuestras acciones con la ley; y el mal, lo que hacemos opuesto á ella. Raras veces sucede que podamos decir: *Ignoraba la ley.*

Las leyes están subordinadas entre sí: las naturales son las primeras: todas las demas se glorian de deberlas su origen, y de depender de ellas en algun modo. Yo

haría muy mal presagio de las que no tuviesen con ellas alguna relacion.

A las primeras me limito aquí: preservar el veneno de corrupcion es asegurar la conservacion de las aguas. *Las costumbres forman los buenos ciudadanos, y las leyes naturales forman las costumbres.*

Es una pregunta bien inútil la de ¿en qué consisten y á qué obligan las leyes de la naturaleza? Desde el momento que las damos este nombre, conocemos lo que son, y en cuanto á la obligacion que imponen, la conciencia lo enseña á todos los hombres.

Esta conciencia es el mejor libro de moral que tenemos, y justamente el que ménos se lee. A nadie se le dice: *Lee en tu conciencia.* Sería hacer un gran servicio á la humanidad habituar los jóvenes á que la leyesen, pues en ella adquirirían la costumbre de amar el bien y de aborrecer el mal: ¿y qué fuerza no tiene el hábito en todos los hombres!

Hay personas que dicen que la conciencia no habla; otras que habla diferentemente en los diferentes pueblos; y de estos dos principios concluyen que es inútil escucharla. Los unos y los otros no solo se equivocan, sino que hablan contra la misma verdad que conocen lo que debe hacerles odiosos, pues todos pueden convenirse de su falsedad.

Las verdades de sentimiento y esperiencia no son problemáticas. Los mayores malvados no sufocan sus remordimientos, como se cree: lo que es un crimen en Europa, lo es igualmente en las Indias.

Las diferentes religiones han producido diferentes leyes: los diversos climas han introducido diversos usos. Pero sin cerrar nuestros ojos á la razon, no podemos entender estas diferencias hasta las leyes naturales, que jamas varían. La perfidia, la mentira, el asesinato, el robo, no se permiten á un negro mas que á un blanco: lo mismo que hoy, los condenaba la conciencia cuatro

mil años ha; y los pueblos que creemos más salvajes y bárbaros no son los que ménos la respetan.

¡Pero como están escritas estas leyes en nuestros corazones! Esta es una maravilla que no pretendo explicar: conviene ponerla en la clase de aquellas que ofrece á nuestra vista el espectáculo del mundo, y que es más útil admirar que querer penetrar. *La buena filosofía conoce límites; la que pretende dar razon de todo no merece este nombre.*

¿Qué importa saber de donde nace esta voz interior, que me predica no haga con otro lo que no quiera que hagan conmigo? De cualquier impresion que resulten el pesar y la vergüenza de haber cometido una mala accion, no son ménos sensibles este pesar y esta vergüenza. La dulzura que experimento en aliviar á un infeliz, ¿es una dulzura menor, es un placer ménos gustoso porque ignoro su origen?

Podemos decir que queriendo contribuir eficazmente el Ser supremo á la felicidad de los hombres, destinados á vivir en sociedad, les ha concedido una regla invariable, que les enseña lo que se deben; una regla que por un prodigio inesplicable es para ellos á un mismo tiempo una ley igual y universal, una recompensa para el que la guarda, y un castigo para el que la viola. Los hombres hacen leyes que no tienen relacion alguna con los bienes ni con los males que los siguen. Ya esperamos un premio que no siempre llega, y ya nos substraemos del castigo á que somos acreedores: solo Dios puede mandar, y al mismo tiempo recompensar ó castigar por la observancia ó transgresion de lo que manda.

No podemos decir que esta recompensa ni este castigo sean ligeros. Todos los bienes del mundo no son comparables á una conciencia pura, y los remordimientos son un tormento que se añade al castigo del crimen. Es preciso avergonzarse de decir lo contrario. Si alguno lo piensa, debemos compadecerle por hallarse

esceptuado de la regla general, sin la que es muy difícil que no se estravie; debemos temerle, porque no conteniéndole esta ley interior, es capaz de las mayores maldades.

No puede haber seguridad en materia alguna con el que no teme á su conciencia. Este está muy distante del hombre de bien de Platon y el de Ciceron, que no hubieran cometido una accion mala, aunque hubiesen de ignorarla los mismos dioses.

Es necesario desconfiar generalmente de todos aquellos á quienes cuesta mucho la virtud, ó que buscan un pretexto para no abrazarla, valiéndose de la ignorancia en que dicen estar de lo que es virtud, y de lo que no lo es.

La virtud reside en nuestros corazones, y nada que no sea ella se la asemeja ni se la aproxima.

Podemos equivocarnos sobre la mayor parte de las cosas de la vida, porque no tenemos más que unos vislumbres, unas apariencias de verdad; pero la virtud y el crimen, el bien y el mal, son cosas que distinguimos exactamente. ¿Qué seria de nosotros sin esta luz que jamás nos abandona? Los sabios no nos guian siempre; y si nos guiaran, ¿de donde tomarian ellos sino de su conciencia los consejos que nos dieran, y da ella indistintamente á todos los que la aman bastante para consultarla?

Los que tanto disputan sobre el bien y sobre el mal, no están muy léjos de cometer este: solo procuran debilitar la fuerza de esta voz que los grita incesantemente: *Haz bien; evita el mal.*

No sucede con estas leyes primitivas lo que con las que reglan los derechos de los particulares, y de las que han formado varios cuerpos algunos hombres ilustrados. Para conocer éstas es necesario haber estudiado: solo se hallan escritas en los libros; los doctos las saben, y á ellos pertenece enseñarlas á los que las necesitan.

Estas leyes son como la conciencia pública, á la que está obligada conformarse la de los particulares.

Por mas reflexiones que hagamos sobre el origen y diversidad de las autoridades, siempre las debemos la sumision; nuestro interes y tranquilidad dependen de ella. La nacion mas sumisa es ordinariamente la mas feliz.

En todos los establecimientos humanos hay inconvenientes; el mayor de todos es querer librarse de la autoridad. La sumision es superior con muchas ventajas á esta pretendida libertad, que en ninguna parte existe, y que si existiese, seria mas peligrosa para la multitud, que la esclavitud misma.

A poco que se recorra la historia de las naciones, se conocerá la necesidad de las leyes. Forman éstas la gloria y apoyo de los imperios, que jamas han caido sino con ellas. La famosa graduacion de las conquistas á las riquezas, y de las riquezas á la decadencia y ruina de los estados; la máxima de que *una nacion principia á decaer luego que ha llegado á la cumbre de su gloria*, son palabras sin sentido, á ménos que queramos decir que se relaja insensiblemente en la observancia de las leyes, en la subordinacion, que es su principio, y que inmediatamente que llegan las leyes á perder su fuerza y vigor, es forzoso que se destruyan y perezcan estos grandes cuerpos, cuya alma forman ellas. Los mismos efectos causa en los imperios la estincion de las leyes, que en nosotros la muerte: desfigura, descompone, cambia, y casi hace olvidar la memoria de que han existido.

La primera autoridad legítima es el poder paternal: no depende de convenciones, porque las ha presidido á todas. Hemos tomado de los romanos muchas leyes, no tan buenas como la que no prescribia limites á la autoridad de los padres. Parece que esta sola es la que hemos temido adoptar, á pesar de ser constante que la

naturaleza habla mas á los padres en favor de los hijos, que á los hijos en favor de los padres.

Sobre el de estos se ha formado el poder de los reyes, que son con relacion á sus pueblos lo mismo que los padres con relacion á sus hijos: una nacion es para su rey lo que una familia para su gefe. El respeto y la obediencia son el homenaje de los pueblos: la vigilancia y el amor son el alma de los reyes: la sumision de los unos y la autoridad de los otros formarán su duracion, constituyendo su felicidad. Todo otro sentimiento es una contravencion al bien público, cuyo resultado padecen todos: la desgracia de los estados solo estriva en la interrupcion de uno de estos dos principios, que forman la base de los gobiernos.

Hay gobiernos de muchas especies; pero podemos decir que todos se refieren al monárquico, porque siempre se supone que muchas cabezas no forman mas que una autoridad. No quiero examinar aquí si no es igualmente el mas perfecto.

El inconveniente de los reyes malos es muy raro: pocos se cuentan en la historia; y ménos han sufrido los pueblos bajo su dominio, que bajo del de los reyes indolentes que no han sabido sostener su autoridad.

Los magistrados son depositarios de una porcion de la autoridad de los reyes, la que ejercen por menor, y siendo responsables de ella. La felicidad de los pueblos, el presentimiento de sus necesidades, la defensa de sus bienes y de sus personas y el castigo del crimen, son el origen de los diversos empleos entre los que dividen los reyes su poder, que aunque dimanado del trono, es sin embargo inseparable de él, y á él vuelve como á su origen.

Desobedecer á los magistrados es desobedecer á una autoridad legítima, hacerse justicia á sí mismo, y no recurrir á las leyes, cuyos vengadores son los magistrados; es una verdadera injusticia, supuesto que trastorna

el orden establecido; es privarlos de un derecho que les compete, y de que son muy zelosos. El abuso que pueden hacer de las leyes á nadie autoriza para substraerse de ellos: es una desgracia que sucede raras veces, y no carece de remedio: tambien tienen ellos un juez á quien están sujetos.

Los que gritan contra las leyes no merecen ser escuchados. ¡Cuanto se quejan de las injusticias que creen haberseles hecho porque no se les permite realizarlas!

Basta que la sociedad en general gane en la administracion de las leyes, tal cual es, para que no debamos deternos en las quejas de los particulares, á quienes casi siempre ciega su amor propio, y que son incapaces de compensar los daños personales con el bien general.

La felicidad de la sociedad es el objeto de todas las leyes: se destruirian á sí mismas si la perdiesen de vista, ó se propusiesen otro fin.

## LAS SOCIEDADES.

LOS hombres han sido criados, ó por mejor decir, contruidos, organizados, para vivir en Sociedad. Este destino de la naturaleza es el primer principio que los ha reunido, y el que ha formado las primeras Sociedades. Los Mercurios y los Orfeos, atrayendo los hombres y las rocas al son de sus liras, solo son unas fábulas ingeniosas que pintan los encantos de la Sociedad, en favor de cuya felicidad trabajaban, uniendo los hombres, y formándoles habitaciones capaces de contenerlos juntos.

Todo hombre contrae al nacer obligaciones para con la Sociedad, de que él mismo es un fruto. Quien dice un hijo, dice necesariamente un padre y una madre que le han producido; y de este padre y de esta madre se

derivan una multitud de relaciones necesarias que forman otros tantos vínculos que le unen á la Sociedad.

¿Como habrémos podido obcecarnos hasta el punto de llegar á creer que podemos vivir solos? La naturaleza se opone de tantos modos á este pensamiento, que es necesario violentarla para emprenderlo. Nos asombraríamos si calculásemos los males que han resultado de esta idea descabellada. Cualquiera razon que creamos tener para renunciar á la Sociedad, no habrá ciertamente alguna que contrabalancee á la naturaleza, que nos inclina á ella.

Las necesidades recíprocas que tenemos unos de otros, forman el segundo principio que ha reunido á los hombres, y que ha concurrido á juntarlos. La maldad, la perfidia, y aun la locura de un gran número de ellos, no destruyen la necesidad de asociarse: los hombres mas opuestos á la felicidad de sus semejantes no lo son en todo: dicen que deberia permitirse destruir á los que la persiguen: hay pocos que lleven la maldad tan léjos, y es muy raro que queden impunes. Podemos evitarlos; pero cuando fuese cierto que tuviésemos verdaderamente que sufrirlos, esta es una de las muchas desgracias necesarias que inundan el universo, y que es mas acertado tolerar que combatir.

Habiendo llegado á ser en algun modo infinita la multitud de los hombres, ha sido necesario limitar sus relaciones á estados, á ciudades, á familias. De aquí nacen los nombres de nacion, de patria y de casa, que espresan otras tantas divisiones de la Sociedad; que imponen obligaciones particulares, y que, sin estinguirlas, restringen los deberes generales de la Sociedad.

Por ser de nacion, de patria y de casa diferentes no estamos ménos obligados á la Sociedad general. Solo los que jamas han reflexionado, dejan de mirar á todos los hombres como á sus hermanos. Las diversas religiones que inundan el mundo, dejarian de ser religiones



si se dirigiesen á romper estos vínculos sagrados, mas antiguo que ellas, formados por la humanidad. La mayor prueba que puede dar una religion de su falsedad es la de permitir ú ordenar la destruccion de los hombres.

Solo en el ejemplo y en la costumbre se halla lo que llamamos amor de la patria. Hay hombres sabios que no le conocen, y miran al universo como á su pais.

Este ejemplo y esta costumbre adquieren en los hombres fuerza de ley. Seria peligroso quererlos disuadir, porque algunas veces produce prodigios. Los romanos le estendiéron hasta donde puede llegar, y quizá serian todavia lo que fuéron, si siempre hubiera prevalecido el amor de la patria sobre el interes particular que los perdió.

El amor de la patria es diverso del de la sangre: este es mucho mas fuerte. Prescindiendo de los intereses que unen á los que son de una misma sangre, es constante que maquinalmente se inclinan á un mismo trono, con el que tienen mas ó ménos relacion, segun que están mas ó ménos cercanos.

El vínculo que nos une á nuestros padres es tan conocido, tan confesado, que no tiene necesidad de pruebas para que le respetemos. Aquella muger que precisada á perder su marido, su hijo y su hermano, y que habiendo obtenido á su eleccion el perdon para uno de los tres, se determinó en favor del último, por la razon de que podia casarse con otro marido, tener otro hijo, y que la muerte de su padre no la permitia esperar otro hermano; aquella muger, repito, consultó ménos á la naturaleza que á su interes.

La naturaleza tiene sus graduaciones: nada puede igualar á lo que debe un hijo á sus padres, por que la existencia es el origen de los bienes. A él no le pertenece la discusion de los motivos que tuviéron sus padres para formarle: nada hay que pueda destruir la obligacion

en que les está de existir: por ellos existe; sin ellos no existiera.

El matrimonio que une dos sangres diferentes es un vínculo de otra especie. Los empeños mutuos que forma, el objeto que se propone, y los placeres que autoriza le hacen tan fuerte, que todo concurre á hacer sus lazos indisolubles.

Jamas he podido comprender como un pueblo tan culto como el de Roma pudo aprobar el divorcio: repugna á la fe de los juramentos, al pudor, á la educacion de los hijos, al amor mismo, que es preciso se destruya. Cualquiera que examine con reflexion á la Sociedad, no podrá ménos de mirar con respeto el matrimonio que la perpetúa. Se han multiplicado las leyes sobre el matrimonio; pero se han establecido pocas que le favorezcan. Llévense á cualquier exceso los atentados que pueden corromper su objeto, ó interrumpir su felicidad; pero jamas podrá destruirse la santidad de las obligaciones que contraen mutuamente los que se casan.

La Sociedad se interesa en la multiplicacion de los hombres; su verdadera felicidad depende de su educacion. Se llegó á creer que la ternura de los padres era suficiente para reglarla; pero la esperiencia ha hecho ver este error. El libertinage y la ociosidad se apoderan de los jóvenes que se descuidan, y estos dos vicios juntos forman monstruos que devoran á la Sociedad.

La bajeza y el desprecio con que se mira la profesion de los que se consagran á la educacion de los niños, ha separado de ella á los mas idóneos. Este oficio respetable, que ha llegado á hacerse mercenario, no lo ejercen por lo regular sino los que no tienen valor ó habilidad para emplearse en otra cosa: los padres se avergonzarian de educar por sí mismos á sus hijos.

Los lacedemonios se viéron obligados por algun tiempo á entregar á sus hijos á la educacion que les daba la república; y si hubieran conservado este establecimien-

to, todavía serian el pueblo mas sabio y poderoso del mundo.

Yo no puedo alcanzar, como algunos pretenden, que los vicios concurren tanto á la felicidad de la Sociedad como las virtudes. Algunas veces producen sucesos que ceden en beneficio suyo, es constante; pero siempre es á costa de su felicidad, que no puede resultar sino de las virtudes.

### LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES.

NO se sabe si ha sido el interes, el capricho, la ignorancia ó la maldad la que ha desfigurado los Vicios y las Virtudes. Hay autores célebres que han trabajado en esta materia. Nosotros tenemos algunos que los han confundido, y que triunfan de esta confusion, demasiado aplaudida, para darles una especie de triunfo. Me consuela la idea de que jamas habrá prescripcion contra la verdad en favor de la opinion; pero no puedo ménos de llorar los extravíos que ha producido y producirá esta confusion.

No seamos nosotros de los que se extravian; atengámonos á los principios que se nos han dado con arreglo á nosotros mismos, ó á lo ménos, consultémoslos ántes de ceder á las impresiones que se procurará grabarnos. La mas pasagera reflexion nos preservará del lazo que se nos arma, y del precipicio de que nos despeñaríamos.

El mero hecho de querer confundir los vicios y las virtudes deberia ser suficiente para privarnos de todo crédito. Por poco que se reflexione, se hallará que no puede haber conformidad entre dos cosas, cuyas ideas y aun los nombres mismos son tan opuestos.

Decir que los vicios no son por lo comun sino el abuso de los propios principios que forman las virtudes, no

es establecer su semejanza; es señalar por el contrario su diferencia y oposicion. La economía es una virtud, y la avaricia un vicio: lo mismo decimos de la liberalidad y de la prodigalidad; del valor y de la ferocidad; de la tranquilidad y de la pereza. Debemos decir: *el vicio comienza donde acaba la virtud.*

Ha habido hombres famosos que creyeron salir mejor combatiendo las virtudes en su origen; las han hecho nacer del amor propio como los vicios; han pretendido que un origen igual nada puede producir que no sea defectuoso, y que teniendo los vicios y las virtudes unos mismos principios, solo se diferencian en los nombres. No han querido permitir la destruccion de un vicio sino por otro vicio; han manifestado temer que reine la virtud en alguna parte. El mundo, segun ellos, es el reino de los vicios, y miran como necios á los que creen todavía la existencia de las virtudes.

Es cierto que el amor propio influye en todas nuestras acciones; pero no es cierto que solo produzca vicios. El amor propio es el amor de nosotros mismos; es un principio que adquirimos al nacer, y que no muere sino con nosotros. Este principio, ó es prudente ó desarreglado: como prudente, contribuye á formar nuestras virtudes: como desarreglado, es la primera causa de los vicios. ¿Quién ha revelado que este amor propio es siempre escésivo, y que se halla tal en todos los hombres? Piensan estos pretendidos filósofos que deshonorarán á Lucrecia, atribuyendo la dilacion de su muerte á una reflexion que el placer de dársela hizo tardía, meditando sobre la infamia que habia sufrido! ¿Qué destruirán la continencia de Scipion con decir que no habia nacido sensible al atractivo de la voluptuosidad?

Den á las acciones de los hombres la interpretacion que quieran, jamas harán que Augusto se parezca á Neron. ¿Quién me hará creer que la presuncion del rey Juan en nada se diferenciaba de la prudencia de